

Testigos del misterio bajo el soplo del Espíritu

Lectio de Jn 20,19-23

“Sopló sobre ellos y les dijo: *Reciban el Espíritu Santo*”
(Jn 20,22)

Comencemos orando... *Señor Dios nuestro, manda sobre nosotros tu Espíritu Santo, abre nuestras mentes a la inteligencia de la Palabra de la Escritura. Que él nos conduzca en la lectura y discernimiento de nuestra vida y de nuestro ministerio a la luz de tu voluntad. Que nos inflame interiormente y nos enseñe a amar como tú quieres, a las personas que nos han sido confiadas; a nutrir y cultivar relaciones educativas con el estilo de Cristo; y que nos lleve a adorar y a interceder también para que la comunidad cristiana crezca en el amor, el discernimiento, la inteligencia del querer de tu corazón. Te lo pedimos por Jesucristo, quien por nosotros murió y resucitó, quien nos ha constituido en sus servidores para testimoniar y anunciar el evangelio con la potencia del Espíritu Santo. Seas bendito, Señor, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.*

Ahora escuchemos el texto de Juan 20,19-23:

^{20,19}Aquel mismo día, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: *La paz esté con ustedes.* ²⁰Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

²¹Jesús les dijo de nuevo: *La paz esté con ustedes.* Y añadió: *Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes.*

²²Sopló sobre ellos y les dijo: *Reciban el Espíritu Santo.* ²³*A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá.*

¡Qué denso es el pasaje que acabamos de escuchar! ¡Pero también qué luminoso y provocador! Llegamos al final de nuestro Congreso con un ejercicio de escucha de la Palabra, precisamente la Palabra que es fuente de la catequesis, como bien nos ha recordado el Papa Francisco esta mañana.

Acabamos de escuchar un texto que nos remite al atardecer del día de Pascua, donde se lleva a cabo una experiencia fundamental. El evangelio de Juan termina como comienza, con una semana de nueva creación que acontece a partir de una serie de encuentros con Jesús resucitado, el Verbo de Dios, el Mesías e Hijo de Dios, el hombre perfecto resucitado de entre los muertos, quien es el centro del género humano, la alegría de cada corazón y la plenitud de sus aspiraciones, como nos enseñó el Concilio Vaticano II (GS 45).

El cuarto evangelio, el evangelio testimoniado por el discípulo amado, pone ante nosotros en este capítulo 20 un itinerario de fe pascual bien elaborado. Una preciosa página abierta para todos, ciertamente, pero creo que afinan rápidamente con ella los educadores en la fe. ¿Por qué? Porque no sólo coloca en el centro el núcleo de la experiencia cristiana, lo que este Congreso hemos estado llamando una y otra vez “el Misterio”, sino porque también nos regala contemporáneamente una pedagogía que da el acceso a él, y mejor aún, una mistagogia llevada a cabo por el mismo Jesús Resucitado. Y es en este aspecto pedagógico en el que en esta tarde de escucha y oración con la Palabra enfocamos nuestra mirada. Casi me atrevería decir que nos ponemos a la escucha de la Palabra como en una especie de confianza, a la manera del discípulo amado, de corazón a corazón, de catequista a catequista.

Una vez que hemos invocado el Espíritu Santo y escuchado el texto con actitud receptiva, hagamos ahora una inmersión en el texto dejándonos guiar por sus mismas palabras. Vamos a dar tres pasos. Primero, podremos el texto en su contexto. Luego, nos detendremos en el texto mismo fijándonos en la cadena de verbos de los cuales Jesús es protagonista para delinear un precioso itinerario de inmersión en el misterio. Finalmente, algunas proyecciones.

1. El contexto

El capítulo 20 de Juan traza la ruta del descubrimiento del Señor viviente. El camino empieza en la mañana, cuando María Magdalena ha dado el primer aviso sobre la tumba vacía y pone en camino de la tumba vacía a Pedro y al discípulo amado, el primero que “vio y creyó” (Jn 20,8). Luego el narrador se detiene en la experiencia particular de María Magdalena, que culmina con el anuncio a la comunidad “He visto al Señor” y el testimonio que ella da de su encuentro con Jesús (20,18).

Enseguida pasamos al atardecer (20,19a). No son los discípulos los que van a la tumba, es Jesús quien viene donde ellos y conduce los pasos de una pedagogía de la fe pascual. Los encuentra con la puerta cerrada. Todavía están en el sepulcro del miedo y, paradójicamente, aunque ya conocen los datos, no están participando de su

nueva vida (20,19b). Lo sabemos bien, una cosa es saber y otra cosa es hacer la experiencia.

¿Hacia dónde nos lleva el narrador? Si nos fijamos bien, a partir de aquí, en la secuencia de escenas narradas en el resto del capítulo se dan tres pasos en los que se responde a tres preguntas, tres preguntas punzantes:

La primera: ¿Qué dones trae para mí el Resucitado cuando me comunica y pone en mí el don de su vida? De esto se ocupa el episodio del encuentro con el Resucitado al atardecer del mismo día de la resurrección (Jn 20,19-23).

La segunda: ¿Cómo pueden acceder a la experiencia las personas que no han visto directamente a Jesús resucitado como lo vieron los apóstoles? De esto se ocupa el episodio de Tomás (Jn 20,24-29).

La tercera: ¿Qué pretende suscitar la proclamación del Evangelio, en cuanto anuncio de la presencia y de los signos del Resucitado, para todas las personas y comunidades de todos los tiempos? De esto se ocupa la conclusión del narrador cuando recoge el punto de llegada de todo el proceso en la frase: “para que creyendo tengan en él vida eterna” (Jn 20,30-31).

Queda claro que estamos ante una amplia secuencia que nos pone en la ruta de la progresiva constitución de un testigo, no de uno que repite informaciones, sino de una persona bien formada que es capaz de dar cuenta de una fuerte experiencia del extraordinario poder transformador del Señor en su vida, de traducirla en su manera de vivir y de irradiarla a otros.

El episodio que nos ocupa es sólo una etapa dentro de esta secuencia. En él podemos ver la pedagogía de Jesús, de qué manera libera, transforma, capacita, regenera a una comunidad bloqueada. Sobresalen los detalles de una manera particular de entablar una relación educativa. Lo podemos notar en los verbos que describen a Jesús. ¿Qué nos enseñan sobre su pedagogía? ¿De qué manera induce en el Misterio que da a conocer en él mismo y en el don de su vida? Mejor dicho, ¿Cómo es su mistagogia?

Pues bien, en Juan 20,19-23 podemos distinguir dos movimientos. Uno hacia dentro (20,19-21) y otro hacia fuera (20,22-23). Cuando digo “hacia dentro” me refiero a la manera como los discípulos experimentan la presencia viva del Señor. El “hacia fuera” está en el envío que el Resucitado hace de la comunidad. Justo en el centro, en el punto de giro entre el primero y el segundo momento, entre el “hacia dentro” y el “hacia fuera”, el narrador sitúa el gesto del soplo de Jesús sobre la comunidad y su frase “Reciban el Espíritu Santo” (20,22).

Si nos fijamos en los verbos, nos daremos cuenta de que en el despliegue de este doble movimiento ocurre un proceso en siete pasos.

Pero para que capturemos el proceso transformador al interno del proceso, el narrador se permite marcar bien el punto de partida, el “desde dónde”, el en qué situación se encuentra la comunidad. El narrador la describe con una frase fuerte: “estaban reunidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos” (20,19). Se trata de una situación de inercia, de estancamiento, de bloqueo resumido en la palabra “miedo”. Jesús los encuentra con la puerta cerrada, aferrados a ellos mismos.

Nos situamos en un momento particularmente delicado del proceso discipular. Una situación de bloqueo apareció en el episodio anterior cuando María Magdalena lloraba en la tumba (Jn 20,11). Valga recordar que es una constante en los evangelios, conocemos también la decepción de los discípulos de Emaús o las redes vacías de los pescadores. En todos los casos el Resucitado se ocupa de ellos con fina pedagogía, los saca de sus bloqueos y desencantos, cegueras y resistencias, se les revela de forma contundente, rehace el proceso discipular y los pone en camino de misión. Precisamente este punto del proceso discipular es muy importante para el mundo de la catequesis, porque el problema no es comenzar procesos, es sostenerlos en el arco de la vida; el problema son las deserciones y los procesos interrumpidos, incompletos, de gente que se queda en el camino. La cuestión es, ¿cómo afrontó Jesús este tipo de situaciones?

Aquí curiosamente el punto de partida es el “miedo” de una comunidad que ya conoce la buena noticia de lo ocurrido en la mañana, pero que sigue enclaustrada para protegerse de una amenaza real. El miedo de ser atacados y de correr el destino del Maestro. Diría que es miedo de martirio. Sabemos bien que ante todo cuenta la libertad de cada persona, pero si nuestra tarea formativa no apunta hacia el “martirio”, en el sentido pleno de la palabra, esto es, personas equipadas para ir hasta el final, un cuestionamiento pende sobre nuestra labor.

2. Un itinerario en siete pasos

Pasemos a hora a observar cómo se delinea el proceso. ¿Qué les parece si le ponemos cuidado a los siete pasos? El narrador nos pone ante una curiosa interacción entre gestos y palabras de Jesús, por una parte, y de reacciones de los apóstoles, por la otra. Nos fijaremos más en lo que hace Jesús.

Primer paso: Jesús se pone en medio. “Se presentó en medio de ellos” (20,19c)

Primero está el hecho de venir, de hacerse presente. Él toma la iniciativa. El que fue abandonado no abandona. La comunidad no lo ha llamado, ni siquiera lo espera, por eso es sorprendente.

Parece simple, pero este ponerse al lado es importante. Y su venida se irá volviendo repetitiva, insistente (cf. 20,26; 21,1). Notemos una cosa fundamental: ninguno sale adelante solo. Este, como en todos los demás relatos, muestra que el camino con el Señor siempre se necesita de ayuda, de una mano tendida. Este es precisamente el primer elemento distintivo de la pedagogía de Jesús: ponerse en medio para ayudar.

Pero para el lector este hecho no es sorprendente del todo. Si volvemos atrás en el evangelio notaremos que Jesús había dado pistas durante su discurso de despedida. Aunque la fe pascual se formula con un "hemos visto al Señor". Curiosamente en Juan, lo que Jesús les había prometido en la despedida no fue que ellos lo verían, sino que sería él, Jesús, quien los vería de nuevo a ellos, y que en ese verse mutuo se removería la tristeza y serían colmados de alegría: "De momento están tristes; pero volveré a verlos y de nuevo se alegrarán con una alegría que nadie les podrá arrebatarse" (Jn 16,22).

Este es el primer paso: la presencia. En una situación como la que ya hemos descrito, la comunidad no queda desvalida, Jesús se ocupa de ella. La educación es un tipo de relación cualificada que comienza con la presencia, el estar ahí en medio de forma constante.

Segundo paso: Jesús les da la paz. "Y les dijo: La paz esté con ustedes" (20,19d)

También en la despedida Jesús les había remarcado como frase final: "Les le he dicho estas cosas para que tengan paz en mí. En mundo tendrán tribulación, pero ¡ánimo!, yo he vencido al mundo" (Jn 16,33). Ahora, como Resucitado, cuando ha vencido la muerte, cumple su promesa y les entrega el fruto de su victoria repitiendo tres veces: "La paz esté con ustedes" (20,19.21.26). "Eirene hymin", "Shalom Alekem", "la paz esté con ustedes".

Atención, que se trata de algo más que un saludo. No es un piadoso deseo ni un augurio. Consiste en un acto de entrega de un don. Y lo que Jesús da es el fruto de su victoria en la cruz. Es una paz-transformación. Toda la riqueza que un hebreo podía captar en la palabra "Shalom", como don del Señor para llevar una vida próspera y digna, en la persona de Jesús se comunica de forma más profunda y total con la comunicación de su misma vida resucitada que ha vencido la muerte.

La victoria del Resucitado es el fundamento de la paz que se ofrece y aunque los discípulos nos serán exentos de tribulaciones y sufrimientos (pensemos en los estremecimientos de la Iglesia en todos los tiempos) ciertamente podrán hacer la travesía en las crisis con seguridad y confianza de la mano del Señor. ¿Habría algo mejor que esto? La vida cristiana es una travesía pascual que toma cuerpo en la manera de afrontar las adversidades y desafíos de cada día.

Tercer paso: Jesús les muestra las llagas de sus manos. “Dicho esto, les mostró las manos...” (20,20a)

Cuando está delante de ellos, Jesús no se impone con evidencias, sino que amablemente interpela a partir de signos. Jesús no se pierde en áridas y complejas demostraciones, sino que se muestra personalmente con una curiosa combinación de gestos, palabras y silencios.

El mostrarse a sí mismo sigue al don de la paz. Le da un sólido fundamento. Ante todo, los discípulos aprenden que el que está vivo ante ellos es el mismo Jesús que murió en la cruz, que el Resucitado es el Crucificado. Pero el mostrar las llagas implica más: (1) Es una expresión de su victoria sobre la muerte, como si dijera “Mira he vencido”. (2) Es un signo de su inmenso amor, lo que fue expuesto en la cruz no fue solamente un Mesías violentamente destrozado.

Esta exposición de las llagas tiene un efecto demoledor en la manera de entender la cruz. La cruz en Juan no exalta el dolor sino el amor que soportó la infamia y la transformó desde dentro haciendo de ella una fuente de nueva vida. Ante la humillación el amor no fue desmentido sino llevando hasta el extremo (Jn 13,1). El amor no retrocedió a la hora de dar la vida por los amigos, y es como si dijera: “Mira cuánto te he amado, hasta dónde he ido por ti, esto es por ti”.

Se trata, además, de las llagas inscritas en el cuerpo glorioso del Resucitado. El misterio de la cruz y de la resurrección no se desconectan, todo lo contrario. Toda experiencia del Resucitado hace presente el amor salvífico de la cruz. En el Resucitado permanece para siempre el increíble amor narrado en la pasión y muerte del Crucificado. La educación en la fe pasa por esta visualización comprensiva de la cruz, por esta lectura de las llagas, donde amor escribe su relato.

Cuarto paso: contemplar el costado herido de Jesús. “Y el costado...” (Jn 20,20a)

Junto con las llagas de las manos hay un detalle que se destaca y que lleva a dar un paso más. En la remisión a la escena de la cruz, la comunidad es conectada precisamente con aquello que percibió y anotó el discípulo amado: “Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que vio estas cosas da testimonio de ellas” (Jn 19,34). ¿De qué da testimonio el discípulo amado? La herida del costado de Jesús permanece para siempre en el cuerpo del Resucitado como una señal de que él es fuente de vida (Jn 7,37-39), esa vida que nos hace nacer de nuevo en el Espíritu Santo.

Con san Agustín, hemos aprendido a leer el signo del agua y de la sangre que manan del costado de Cristo como referidos al Bautismo y la Eucaristía. Pero antes de esta lectura alegórica tenemos el mismo evangelio de Juan, donde la herida del costado alude al don del Espíritu. Desde el prólogo, Juan avisa de un nuevo nacimiento que ocurre desde Dios (1,12). Luego, en el encuentro con Nicodemo, Jesús le exhorta: “Nadie puede entrar en el reino de Dios, si no nace del agua y del Espíritu” (3,5); aquí “agua” y “Espíritu” ya están asociados. En el capítulo siguiente, a la samaritana Jesús le ofrece un agua viva, viviente y vivificadora, que “se convertirá en su interior en un manantial que conduce a la vida eterna” (4,14). Un capítulo más y la referencia del agua reaparece en la curación del paralítico de la piscina de Betesda, donde Jesús ocupa la función del agua que el enfermo no podía alcanzar (5,1-9). Pero es sobre todo en 7,37-39 donde Jesús anuncia ríos de agua viva y sobre lo cual comenta el narrador: “Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él”, aclarando que este sería dado cuando fuera glorificado (7,39). Y esto es precisamente lo que el discípulo amado ve en la cruz. La presentación del costado herido jala hasta aquí todo este recorrido en el evangelio.

En esta acción de un Jesús que se “hace ver” de esta manera, llegamos a un punto alto. Estamos ante una cristofanía. Se trata de una manifestación que viene confirmada enseguida por la reacción de gozo por parte de los discípulos. Pues bien, podríamos hacer una conexión con una bella realidad que caracteriza el mundo de la liturgia en el mundo bíblico: la acción litúrgica tiene su cumbre en una epifanía. Por ejemplo, en el Salmo 27,4, el orante llega al templo del Señor y expresa que el mayor deseo de su vida es poder habitar en la casa del Señor y gozar de la paz y la dicha que da la contemplación de la belleza del Señor en la liturgia. En el encuentro con el Resucitado en el cenáculo, la comunidad apostólica experimenta una inmensa dicha “al ver” a su Señor resucitado que se muestra a ella de esta manera particular.

Con todo, el proceso no para por aquí, no parece suficiente el remitir al don ofrecido en su cuerpo crucificado y ahora glorificado, Jesús da un paso más con el soplo del Espíritu y la apertura de un tiempo nuevo en la misión. Llegamos así a los pasos cumbre, del mirar hacia atrás contemplativamente las llagas del Crucificado, se da un giro queda da un nuevo impulso a partir de un soplo creador. Entramos ya en el segundo movimiento, el “hacia fuera”, provocado por la recepción de un don.

Quinto paso: Los discípulos reciben la misión: “Como el Padre me envió, también yo los envió” (20,21)

Jesús les da la paz a sus discípulos por segunda vez y conecta este don con la misión que les confía. Quien participa de la misión de Jesús, también participa de su destino de Cruz, por eso los misioneros pascuales deben estar arraigados en la paz de Jesús.

Jesús los manda al mundo con plena autoridad: "Yo los envío". Los envía como el Padre lo envió a él. En la conocida oración sacerdotal, en Jn 17,18-19, Jesús ya lo había anticipado cuando dijo: "Yo los le enviado al mundo, como tú me enviaste a mí. Por ellos yo me consagro a ti, para que también ellos se consagren a ti, por medio de la verdad". En la pascua se participa de la vida del Verbo encarnado y una forma concreta de participar de su vida es continuar su misión en el mundo. Como se ve enseguida, el Espíritu Santo es también el principio creador de esta vida.

Sexto paso: Los discípulos reciben la misma vida de Jesús: "Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Reciban el Espíritu Santo" (20,22)

Cuando Jesús sopla el Espíritu Santo sobre ellos los hace "hombres nuevos". El mismo Jesús de cuyo costado herido por la lanza brotó el agua que es símbolo del Espíritu Santo (7,39), ahora, como en el día de la creación, infunde en los discípulos la "Ruah", esto es, el soplo vital de Dios. El narrador usa el mismo verbo griego "emphusaō" que aparece en la versión de la Septuaginta de Gn 2,7 leemos: "Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre fue un ser viviente". También podemos ver un eco de la profecía de Ezequiel 37,14. El Espíritu ayuda a hacer de la vida una obra maestra de Dios, que le da a toda criatura una genialidad propia.

El soplo del Resucitado tiene una novedad. Cuando se dice que el Espíritu es vivificante (Jn 6,63), no se refiere simplemente al hecho de la existencia sino a la comunicación de una vida nueva, la del nuevo nacimiento (Jn 3,5-6), que no pasará nunca, su misma vida de resucitado, esa vida que tiene en común con el Padre. Pero hay más, cuando repasamos el evangelio de Juan descubrimos que el don del Espíritu tiene un doble efecto santificador en la vida y capacitador para la misión. De esto último el paradigma es el mismo Jesús, quien se declara a sí mismo "santificado" y "enviado" por el Padre (Jn 10,36).

¿Cómo se juntan santificación y envío? El "soplo" comunicado es la respiración. Como quien dice, en los apóstoles respira la respiración de Cristo, ese principio vital y luminoso que lo hacía distinto, esa intensidad que hacía única su manera de amar, que lo impulsaba a lavar los pies y a hacer de los pobres el principio de su Reino. El Espíritu, ya lo había explicado el mismo Jesús en la despedida, remite siempre al misterio de Jesús, a la "verdad completa" (Jn 14,6), no nos da una nueva revelación - que no es necesaria después de Jesús- sino que aclara y profundiza el misterio de Dios revelado por su Hijo enviado al mundo. Acoger el "soplo" del Espíritu es dejarse reconducir hasta el corazón de Cristo "para que mi pequeño yo se dilate en el infinito yo divino" (E R.).

Y podríamos ir más lejos si reparamos en un tercer efecto no menos importante. Me refiero al que Jesús había sido prometido en el diálogo con la samaritana: “los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad” (4,23). En el Espíritu Santo y en la verdad que es la persona misma de Jesús, quien se presenta como “camino, verdad y vida” (14,6).

Pues bien, el Espíritu Santo hace adorar. El Espíritu suscita una “confessio laudis” que canta la acción de Dios en cada persona y en la historia. No hay culto cristiano sin el Espíritu Santo. No hay liturgia sin el soplo del Espíritu Santo. Está presente en cada oración, sí, pero también en cada acción litúrgica, particularmente la sacramental, se hace presente el soplo el Espíritu: en el bautismo, en la confirmación, el momento central del sacramento de la reconciliación -la absolución-, valga recordarlo, es una epiclesis del Espíritu sobre el penitente, lo tenemos ante nosotros en cada rito de consagración eucarística y ni qué decir sobre lo que ocurre en la ordenación sacerdotal. Todo esto nos pone en contacto con lo que se denomina la dimensión pneumatológica de la liturgia.

De todas maneras, nuestro texto de Juan se fija en una acción en particular, y vamos a terminar con ella, porque es el séptimo y último paso según la cadena de los verbos que hemos venido subrayando. Jesús conecta la acción del soplo del Espíritu con sus palabras siguientes sobre la misión de reconciliar.

Séptimo paso: Los discípulos reciben una tarea de reconciliación. “A quienes les perdonen los pecados les quedan perdonados, y a quienes se los retengan les quedan retenidos” (20,23)

Son fuertes estas palabras finales. El Resucitado envía a los discípulos con plena autoridad para perdonar pecados. Con su mismo Espíritu, Jesús los manda a la calle como servidores de la misericordia del Padre en el perdón.

Al salir rompen con la seguridad protectora del cenáculo y van al encuentro de un mundo en transformación, lleno de tanta herida y necesitado de reconciliación. Este don del perdón lo entendemos en la acción sacramental de la Iglesia, pero va más allá de ella, porque es tarea de todo discípulo construir oasis de reconciliación en todos los desiertos de la violencia; nuestra misión pasa por el acercar personas, abrir caminos, reencender el calor. Dice Pannikar que “perdonar es des-crear el mal”.

El perdón de los pecados es acción del Espíritu, porque ser perdonado es dejarse crear por Dios. Es así como en la Pascua se realizan plenamente las palabras que Juan Bautista desde el inicio dijo acerca de Jesús: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (1,29). En este acto cumbre del Evangelio todo confluye: el primer efecto del soplo del Espíritu es el perdón de los pecados que trae el Cordero

inmolado de cuyo costado brota el agua viva. Quien acoge a Jesús, experimenta la salvación, sus pecados son perdonados, supera las contradicciones internas y entra en la comunión con Dios.

Podríamos también decirlo así: santificados, los misioneros son portadores de un don de santificación que restaura existencias devastadas, que denuncia toda forma de pecado, que lleva a la intimidad de la comunión con Dios, que sana y fortalece las relaciones comunitarias.

Releyendo nuestro ministerio de educadores en la fe a la luz de esta estupenda página del evangelio de Juan

3. Conclusión

Como estamos en una lectio, pasemos ahora al momento fundamental de la confrontación del corazón y de la oración. Repasemos ahora los siete pasos y dejemos que la Palabra interroge nuestro corazón.

Primero, repasemos. Los siete pasos englobados en el doble movimiento “hacia dentro” y “hacia fuera” son: (1) Ponerse en medio, (2) dar la paz que es comunicación del fruto de la victoria de la cruz, (3) leer en las llagas la narrativa de un amor que nos santifica, (4) contemplar esa entrega entrando en el corazón de Cristo crucificado que es manantial de vida, (5) ser enviados por el Resucitado con su misma autoridad para continuar con él la misión que viene del Padre, (6) dejarnos recrear acogiendo el soplo vital del Espíritu Santo que nos sumerge a fondo en el misterio de Cristo y (7) expresarlo externamente haciéndolo presente con convicción en la evangelización, la educación de la fe, los sacramentos y el compromiso cotidiano en medio de un mundo necesitado de reconciliación.

Contemplando la imagen de Jesús, quien es el protagonista absoluto de la escena a partir de estos siete pasos, ¿qué rasgos se retratan en él que inspiran la acción de todo catequista como mistagogo de la fe?

Segundo, interroguemos también nuestro corazón. ¿Cuál es nuestra reacción? La única que aparece registrada en medio del texto está narrada así: “Y ellos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20; cf. Jn 20,25).

Indicador de que hemos estamos realmente en ello es cuando se asoma en nuestros rostros la alegría. La alegría de los apóstoles aquella tarde en el cenáculo, la alegría de la Iglesia de que tanto nos ha hablado el Papa Francisco, la alegría de la plenitud de vida que el Señor ofrece a quien acoge su amor, alegría que es signo de que algo

realmente nuevo y bello está germinando en nuestros corazones, alegría que de todas maneras es fruto del Espíritu Santo (cf. Gal 5,22).

El soplo divino que desciende sobre nosotros, que está en nosotros en todo momento y que, sobre todo, en la Eucaristía, nos renueva, dándonos la remisión de todos nuestros pecados, capacitándonos para la evangelización y para ponernos al servicio de la maduración de la fe de nuestros hermanos, dándonos fuerza en las persecuciones y las pruebas para mantener en alto el testimonio de Cristo.

Queridos catequistas, esto es ser testigos del Misterio.

P. Fidel Oñoro, cjm